

El vértigo de  
la modernidad tardía

Jock Young

Traductores:  
Mariano Ciafardini y Nora Heiss

  
ediciones**Didot**

# Índice

<b>Prólogo</b>	13
<b>Agradecimientos</b>	21
<b>1. Cruzando el límite</b>	23
La desintegración de la vida diaria	25
La génesis del <i>othering</i>	27
Las atracciones del hiato	29
El vértigo de la modernidad tardía	35
Capitalismo a toda máquina	37
<b>2. Desdibujando la visión binaria</b>	41
Desdibujando los límites	46
Bulimia: no exclusión, sino inclusión/exclusión	48
Cruzando los límites: contra la tesis de la ciudad dual	50
La clase baja funcional	53
Los límites de la bulimia	55
La precariedad de la inclusión	59
El foco en la clase baja	61
La delincuencia y la reducción de las diferencias	62
La globalización y la generación del descontento doméstico y global	63

<b>3. La sociología del resentimiento y la criminología de la trasgresión</b>	67
El miedo a caer	70
El cambio en el foco de la recompensa	71
Hacia una criminología de trasgresión	72
El aumento de la celebridad	75
Humillación y rebelión	77
Las satisfacciones de la trasgresión	79
La humillación de la exclusión	81
Situación riesgosa, seguridad ontológica y utopía	83
De la guerra territorial a la guerra real	84
El hip hop a través de las fronteras	84
<b>4. Caos y coordenadas del orden</b>	87
Clase e identidad en el siglo XXI	88
El socavamiento de la meritocracia	93
Cambios en la percibida estructura de clases	94
El cambio a la política de identidad	97
Antecedentes del cambio cultural	99
La guerra contra los pobres	101
La meta-humillación de la pobreza	104
<b>5. La disminución del trabajo y el empleado invisible</b>	107
¿Disminución de la centralidad del trabajo?	108
Consiguiendo que el pobre trabaje: el experimento de Estados Unidos	110
La salvación a través del trabajo	112
Incluyendo al excluido	115
Bienestar: del alivio a la irresponsabilidad	116
Temprano a la mañana en Harlem	117
El trabajador invisible	121
El empleado invisible	122
Entrando a la zona de humillación	125
El servicio como una relación feudal	126
El pobre invisible en una sociedad sin clases	128
Culpabilidad y solipsismo de la clase media	129

<b>6. Inclusión social y salvación a través del trabajo</b>	131
Nuevo Laborismo: nuevo inclusionismo	135
El Estado de Bienestar: no la solución, sino el problema	138
La voluntad de ganar	138
La neurosis obsesiva del Nuevo Laborismo	142
El pánico moral sobre el embarazo en la adolescencia	144
La racionalidad y las clases medias	151
Los errores de inclusión	152
De la estructura a la agencia: más allá de la tesis débil	157
Exclusión social y política	159
<b>7. Cruzando la frontera: hacia estas costas húmedas y ventosas</b>	163
La construcción social del inmigrante	164
Hacia estas costas húmedas y ventosas	166
Dos maneras de entrar	170
Hace más de 20 años: los disturbios de 1981	172
Delincuencia, inmigración y la demonización del <i>other</i>	173
Las raíces del <i>othering</i>	174
La fase final: la ironía de la asimilación	176
Las raíces de los disturbios	176
Los disturbios en Bradford, Oldham y Burnley	177
Epílogo: los disturbios de Francia 2005	180
<b>8. Terrorismo y anti terrorismo terrorista: la banalidad del mal</b>	183
Guerras Proxy y la derrota de la Unión Soviética	185
Occidentalismo	187
La Casa de Bush y la Casa de Saud	188
Las dos contradicciones: adentro y afuera del Primer Mundo	189
Simetría y diferencias	192
El saneamiento del mal	192
La beatificación del mal	193
La lógica del Occidente	194
Las fotos de Abu Grahib	195
El amor era todo lo que ellos tenían en su contra	196

El bombardeo a Londres y la banalidad del mal	197
La dialéctica del <i>othering</i> y el problema del mal	199
La generación de la ira y la frustración de la normalidad	199
El <i>othering</i> del <i>otherer</i>	200
La evocación de la violencia	201
Violencia y metáfora de la guerra	203
<b>9. La comunidad excluyente</b>	209
La comunidad orgánica	210
<i>Othering</i> en la Ardoyne: la santa cruz en la escuela	213
La vuelta al lado oscuro	214
La falacia de privilegiar a la comunidad	215
Entrar en la realidad virtual: en algún lugar del extremo este	217
Estrellas, celebridades: narrativas guiadas para un mundo cambiante	218
El efecto Cronos y las narrativas rotas	219
La desterritorialización de la comunidad y el aumento de lo virtual	221
En algún lugar en un ascensor: John Jay Collage, octubre 2004	222
El aumento de la multimedia y el invitado no esperado	222
Del <i>other</i> generalizado a “algún lugar” generalizado	223
De la comunidad a la esfera pública	226
La comunidad en tiempos modernos tardíos	228
<b>Conclusión: Caminos hacia otros lugares</b>	231
Inclusión afirmativa y transformativa	232
Políticas de redistribución	233
Hacia una nueva política de inclusión	235
Políticas de deconstrucción	236
<i>Othering</i> y comunidad	237
El destierro de la sinrazón	239
Racionalidad, los nuevos medios de comunicación y la esfera pública	241
La comunidad porosa	244
Hiperpluralismo y el <i>other</i> evasivo	245
Hacia una política de diversidad	247
<b>Bibliografía</b>	249

# Prólogo

William Stewart (Jock) Young es uno de los científicos sociales que más han aportado al desarrollo de la criminología.

Ha sido y es uno de los protagonistas principales de los últimos tres grandes saltos históricos, paradigmáticos, de este saber, que tiene por objeto el estudio del conflicto y el control social en el espacio de la punitividad estatal propia de la modernidad capitalista.

Debe decirse que aunque el autor muchas veces no lo señale explícitamente (lo que por otra parte no resulta en modo alguno imprescindible) su visión es marxista. De otra manera su intervención teórica mal podría haber tenido la significación y el alcance que ha tenido como revolución del conocimiento científico y sobre todo en términos de aproximación a la verdad de las cosas.

En los años 60 se produjo un movimiento teórico en la sociología criminal que constituyó una suerte de cierre de todo el proceso de avance de las ciencias sociológicas en el campo criminológico, que había comenzado a principios de siglo con la llamada escuela sociológica de Chicago.

La criminología hasta el siglo XIX había dado por supuesto siempre que el instrumento fundamental para enfrentar el problema del delito era el sistema de “control social duro” esto es el sistema penal con sus medidas punitivas, disciplinarias o asegurativas.

Con el desembarco de la sociología en el tratamiento de la “cuestión criminal”, principalmente en los EE.UU., a fines del siglo XIX y principios del XX, (en el marco de la industria a escala, la sociedad multitudinaria y el consumo masi-

vo), el foco se centró en la estrategia de gestión de lo social, tratando de lograr el equilibrio entre los fines culturalmente establecidos a través, principalmente, de los medios de comunicación de masas, y los recursos estructurales disponibles para cada sector o grupo social. El sistema penal siguió, por supuesto, operando a “toda máquina”, pero ocupó un lugar subsidiario en la estrategia del control social y atravesado, además, por el espíritu de la reforma y la resocialización.

Esta subsidiarización teórica de lo estrictamente punitivo generó, principalmente, en los países más industrializados, y particularmente en los EE.UU., un clima académico de época que permitió que, en el momento final de este proceso sociologizante y funcionalista, tuviera lugar el desarrollo de una teoría criminológica que, por primera vez en la historia de este ámbito del conocimiento, denunció el funcionamiento del sistema penal como disfuncional respecto de los objetivos de prevención y disminución del delito.

La denominación con que se conocieron estas teorías fue, principalmente, la de: teorías del estigma o del etiquetamiento, o de la reacción social.

Estas teorías, al tomar elementos de toda la tradición sociológica del proceso del que fueron parte, especialmente del interaccionismo simbólico, de la mencionada escuela de Chicago, demostraron el papel que juega el funcionamiento del sistema penal en la reproducción de la criminalidad, a partir incluso de la definición misma de alguien como delincuente.

Hasta ahí el movimiento teórico se mantuvo dentro de los cánones del sociologismo del que formaba parte.

Pero un movimiento paralelo, generado desde Inglaterra, a partir de la militancia académica contestataria, reunida en lo que se llamó la “National Deviance Conference”, que se oponía institucionalmente a la visión criminológica del “stablishment” británico, dio lugar a la generación de otro desarrollo teórico, que fue mucho más allá que el fenomenologismo del etiquetamiento, y que acabó denominándose criminología crítica o radical.

Esta visión criminológica estaba fuertemente influida por lo que se llamaba, en esos tiempos, “marxismo occidental”, propio de núcleos de estudio marxistas de Europa Occidental de la posguerra. Por ello, su interpretación del conflicto y el control llegó rápidamente a la evidencia de la problemática estructural que operaba debajo de la superficie de la cuestión. Así el marxismo impactó en la criminología en forma mucho más profunda que lo que había llegado a hacerlo anteriormente, particularmente, con los estudios de Willheim Bonguer en los años 30.

Uno de los fundadores de la “National Deviance Conference” y uno de los tres autores del libro *La nueva criminología* (1973), que terminó siendo poco menos que la biblia de criminología crítica (un repaso y crítica teórica

de todas las corrientes no marxistas y marxistas anteriores especialmente del sociologismo del siglo XX), fue Jock Young.

En esos años 70, la “nueva criminología” campeaba en los efervescentes auditorios de una izquierda que sentía la proximidad de grandes cambios sociales, inminentes, y veía a la “cuestión criminal”, mayormente, como un artificio construido por la derecha para justificar el fortalecimiento y despliegue del aparato represivo del estado, con la finalidad real de contener la ola revolucionaria.

Jock Young advierte, ya entonces, que no se trata sólo de eso sino que “la clase obrera *tiene* interés en un genuino orden social, por más que las campañas conservadoras de ‘ley y orden’ sean una impostura tras la cual se esconden intereses particulares mientras se proclaman representantes del interés de todos”<sup>1</sup>, con lo que adelanta su postura, propia de la segunda revolución paradigmática del pensamiento criminológico, que lo tiene otra vez como uno de los principales protagonistas: el “nuevo realismo de izquierda”.

En 1984 Jock Young escribe con John Lea *¿Qué hacer con la ley y el orden?* Otro libro insignia de la nueva corriente de la teoría criminológica de izquierda en el que se critican aquellas “desviaciones de izquierda” de la criminología crítica que llevaron a “no tomar en serio el problema criminal” y al “romanticismo de izquierdas” que no supo ver que, la cuestión del delito, más allá de la manipulación periodística que de ella hiciera el poder, era también una reivindicación seria de los sectores populares y la clase obrera y que la izquierda tenía entonces que tener una propuesta real de políticas públicas para su contención y morigeración, en tanto que de lo contrario su falta de propuestas, con visos de cierta eficacia o verosimilitud, deja en este terreno “el campo orégano” a la derecha.

Todo ello era más fácil de comprender ahora que la ilusión izquierdista de los 70, con la “revolución a la mano”, había decaído a fuerza de los golpes de realidad que le había propinado el propio desarrollo de los acontecimientos políticos y económicos (Tatcher y Reagan), lo que llevaba entonces a las fuerzas progresistas a tener que imaginar, al menos por un tiempo más largo, un escenario de “guerra de posiciones” con la derecha (y la socialdemocracia cada vez más derechizada), en un escenario capitalista.

Hoy, ya avanzado el proceso del capitalismo terminal “globalizador”, estamos en lo que se ha llamado la “modernidad líquida” (es interesante ver como este término de Bauman coincide también con la liquidez necesaria de la economía financiarizada, propia de esta etapa histórica de la modernidad).

---

1 Young Jock, “La criminología de la clase obrera” en Taylor, Walton y Young, *Criminología crítica* (1975), Buenos Aires, Siglo XXI, 1988, p. 111.



El escenario político y social se ha vuelto extremadamente complejo.

El extendido riesgo existencial material y moral permanente (Guiddens, Beck) ha generado una sensación de fluidez generalizada de las relaciones sociales que tiene como contrapartida el encierro desesperado en el individualismo y el grupo cerrado, la búsqueda desorientada de la identidad y el contraste furioso con “la otredad”.

Si bien es cierto que desde un punto de vista marxista todo ello se explica primariamente a partir de la base material de lo social ello no implica (precisamente desde la propia lógica dialéctica del marxismo) que deba desecharse la importancia del estudio de este proceso socio-político en sí mismo, sino que, precisamente por ello, es imprescindible estudiarlo, en tanto que la verdadera explicación reside en desentrañar la relación dialéctica entre el trastocamiento emocional de las voluntades, al calor del aumento del hiato social y político, y la disponibilidad realmente existente de recursos de subsistencia y permanencia relativas.

Nuevamente nuestro autor ha de ser uno de los escribas más lúcidos en la interpretación, en clave criminológica, de esta complejidad.

En una nueva publicación de 1999, *La sociedad excluyente. Exclusión social, delito y diferencia en la modernidad tardía*, Young expone una cita elocuente de Michael Steward procedente de su libro *Keynes and after* (1967) descriptivo de la realidad de “los años dorados” de la postguerra en Inglaterra: “Sean cuales sean las calificaciones, el hecho básico es que (...) los días de desempleo masivo e incontrolable en los países industriales avanzados se han acabado. Puede que exista la amenaza de otros problemas económicos; éste, por lo menos, ha pasado a la historia”<sup>2</sup>.

Si este era el clima de aquélla época es imposible no ver la profundidad del cambio operado por el proceso que se ha denominado globalización. Pero lo más importante no es sólo constatar el cambio sino dimensionarlo y entender su significado como momento interno del desarrollo de la modernidad capitalista.

En la globalización los cambios fundamentales que se han operado tienen, evidentemente, una tendencia decadente, final. Si esto no se ve así es difícil de entender el sentido de muchos de los aspectos del nuevo escenario que Young describe magistralmente tanto en *La sociedad excluyente*, como en la obra que ahora presentamos: *Vértigo de la modernidad tardía* que completa, complementa y desarrolla aquél anterior análisis.

La resistencia o dificultad a imaginar una perspectiva socialista que reside principalmente en ver como fracasos las experiencias del llamado socialismo

---

2 Young, Jock, *La Sociedad “Excluyente”. Exclusión social, delito y diferencia en la Modernidad tardía*, Marcial Pons, Barcelona, 2003, p. 13.

real en Europa oriental y el territorio de la ex URSS, deja a casi todos los analistas de la globalización en la encrucijada que representa el intentar encontrar una salida de las insalvables contradicciones de la llamada “post modernidad” dentro del marco de la continuidad capitalista.

En ese punto el análisis ya fracasa de por sí, porque la premisa de la que parte es falsa. Las contradicciones de la globalización, que no son más que la síntesis de las contradicciones de todo el proceso capitalista llegado a su momento final, son insalvables dentro del esquema del control privado de la producción y las reglas del mercado capitalista. Y por ser insalvables su persistencia sólo puede alumbrar horizontes de desastre. Cuando a pesar de ello se insiste en el esfuerzo teórico consensual, lo único que se producen son vagas y remanidas expresiones de deseo, inconsistencias analíticas, parcialidades o fugas por la tangente hacia los análisis micro sociológicos, micropolíticos y hacia denostaciones elocuentes de los “grandes relatos”, que sólo revelan impotencia y desorientación.

Por el contrario, el regresar renovadamente a la esperanza concreta de una perspectiva socialista próxima, permite atender la terminalidad de la etapa globalizadora con la serenidad y la objetividad suficiente, y la debacle “post moderna” se revela como lo que es en su totalidad: un momento de extinción histórica, que, como tal, evoca incluso regresiones a épocas anteriores, con movimientos profundamente reaccionarios.

Cuando se contrasta el ya pasado estado de bienestar, el intervencionismo estatal en la economía productiva y la estabilidad social de los años del siglo XX, con la desestructuración de todo este esquema a partir del advenimiento de la modernidad neoliberal, debe remarcarse que la negación del primer estado de cosas por este actual retrotrae, en algunos aspectos, a otro estado de situación anterior incluso al primero. Este estado de cosas anterior y original que precisamente el capitalismo del siglo XX había a su vez negado, es el capitalismo llamado “salvaje”, correspondiente a la larga primera etapa de la modernidad capitalista, que es aquella en la que el sistema nace, hace su primer desarrollo y se afianza como hegemónico.

Es decir, que no hay que quedarse solo en el contraste entre el siglo XX y el XXI, porque no son sólo dos momentos del proceso sino tres, y el primero de todos ocupa un extenso lapso que va desde la acumulación originaria de los siglos XIV y XV hasta el siglo XIX. Desde un punto de vista dialéctico, contrastar la globalización contra, ya no sólo, la etapa anterior del estado “benefactor”, sino contra las dos anteriores (capitalismo “salvaje” y capitalismo con estado intervencionista), permite ver que la mentada globalización, como etapa final sintetiza a estas dos anteriores, y, por ello, imperiosamente, desde la dialéctica propia de todo el movimiento del proceso, recobra muchas

de las expresiones propias del primer momento, como la competencia desenfadada, sin la amortiguación social de la mediación estatal y expresiones propias del segundo momento como la hiperconcentración de capitales (ahora principalmente en su forma financiera).

La globalización, entonces, tiene mucho de capitalismo salvaje y con ello de la exclusión que le era propia a aquél, tiene mucho de grandes sectores marginados desposeídos, mendicantes, tiene mucho de clases peligrosas y de controles sociales duros férreos. ¿O la tolerancia cero como paradigma del control social real de los estados neoliberales (conservadores o socialdemócratas) de la “modernidad tardía”, que vivimos, no evoca acaso el disciplinarismo a ultranza y el contrato social talional kantiano? ¿O las guerras contra las drogas y el terrorismo no parten acaso de los mismos parámetros demonizadores que la represión inquisitorial de las herejías de los inicios de la modernidad? Los “grupos de riesgo”, de los grandes desplazamientos demográficos, de este fin de época que vivimos, ¿no recuerdan acaso a las “clases peligrosas” de los higienistas y sicólogos de las masas del siglo XIX? Hasta el neo funcionalismo de Luhman echa mano al biologicismo con la incorporación mecánica del concepto de “autopoiesis” al campo sociológico y termina dando lugar con ello finalmente (a través de Jackobs) al grotesco “derecho penal del enemigo”, ¿no es este un caso de neo-lombrosianismo? El capitalismo que vivimos no es tanto precisamente tardío como senil<sup>3</sup> y lo senil siempre evoca en algún punto lo infantil (en este caso lo infantil del proceso moderno es su etapa originaria).

Claro que una cosa es evocar y otra es retrotraerse totalmente. En los procesos históricos el retorno total no existe. La globalización no es una vuelta al primer estadio, sino un movimiento dialéctico de síntesis, por lo que los elementos del capitalismo salvaje son traídos ahora, como vimos, en sus formas neo: el liberalismo de los siglos XVIII y XIX es ahora neoliberalismo, y el punitivismo originario es neopunitivismo.

Así entonces, lo que hoy llamamos exclusión es en realidad una neo-exclusión y aquí adquiere sentido una de las tesis centrales del trabajo de Young que prologamos, en cuanto a que más que de simple exclusión de lo que hay que hablar con mayor propiedad es del movimiento bulímico de inclusión exclusión, ese vaivén propio de una marea, que permanentemente atrae y rechaza Ese movimiento demoledor para cualquier intento de estructuración de la personalidad, que, sin otros parámetros a la vista, se guía por la búsque-

---

3 Así lo califica Samir Amin, *Más allá del capitalismo senil. Por un siglo XXI no norteamericano* (2001), Paidós, Buenos Aires, 2003.

da de seguridad y estabilidad en el marco meritocrático y de ultra competitividad que la sociedad capitalista aun existente postula. La bulimia se da en todos los niveles sociales pero genera distintas reacciones según el nivel en que se dé. Con esto Young puede explicar tanto el resentimiento y el “*counterothering*” de los sectores menos favorecidos económica y culturalmente y el *othering* y la fascistización de los sectores medios.

La globalización opera entonces, insistimos, como síntesis de las dos etapas anteriores del proceso moderno capitalista y como síntesis dialéctica si por un lado trae positivamente elementos propios de la primera etapa también involucra en forma negativa elementos constitutivos de la segunda.

Así, el intento homogeneizador de la cultura a través de los grandes medios de comunicación (hoy más grandes que nunca) la presión de los valores meritocráticos y la expectativa de funcionalidad y las configuraciones estigmatizantes propias de las dinámicas sociales del siglo XX, están hoy a la orden del día. La globalización recobra estos elementos de la peor manifestación política del imperialismo del siglo XX: el fascismo: la mentira repetida mil veces para transformarla en verdad el descarte de los no funcionales y la marca ostensible de los “*peligrosos y desechables*”. Por eso, en el análisis de las contradicciones de la post modernidad globalizada, es útil recurrir, como lo hace Young, a las más inteligentes reflexiones que proporcionó la sociología y la criminología del siglo XX, como los conceptos del yo y del otro propios del interaccionismo simbólico de Mead, la tensión mertoniana del estructural funcionalismo, los valores subterráneos y las técnicas de neutralización de Sykes y Matza y el estigma de Goffman y Becker, base de las teorías del “*labelling*”. Estos conceptos, si en aquel entonces no podían jugar más que a la defensiva, como teorizaciones de mediano alcance, adquieren hoy, en su reformulación, un carácter subversivo, necesario para explicar y enfrenar la destrucción del sujeto que propone la globalización neoliberal.

Este libro de Jock Young fue escrito en los ámbitos suburbanos de Londres y Nueva York y analiza la conflictiva social actual desde allí. Sus ejemplos de grandes disturbios urbanos se refieren a Bradford Oldham y Burnley, o en los “*banlieus*” de París. No es que Young padezca de eurocentrismo o centralismo, sino que habla de lo que conoce de cerca y no pretende con ello hacer extensivo el análisis a todas partes. Pero, lo cierto es que el mundo globalizado de hoy hace que lo substancial de su análisis resulte ser una herramienta muy útil para la interpretación de la conflictividad urbana en general, en cualquier parte del planeta, más allá de que fenómenos como la “*guerra contra el terrorismo*” han sido diseñados para tener un alcance precisamente global.

En las áreas territoriales de lo que antes se denominaba “tercer mundo” la globalización neoliberal tuvo su impacto profundo y generó tanto o más que en el primero mundo la profundización de la brecha (hiato) entre ricos y pobres. El fenómeno de la marginalidad económica y laboral tuvo aquí sus mayores expresiones.

Muchas de las manifestaciones de “otredad” y “otredad de la otredad”, resentimiento y temor que Jock Young descifra en su análisis no son, lamentablemente, familiares y atraviesan el centro de la cuestión social y criminal en nuestros países. No se trata de extrapolar teorías pero si de aprovechar lo que, producido desde otras realidades, proporciona innumerables elementos conceptuales de gran utilidad para enfrentar la complejidad que ha estallado también en nuestras tierras con el impacto del cometa globalizador.

Un agradecimiento especial a Valeria Vegh Weis y Lorena Banfi por sus importantes aportes en la corrección final del texto.

Mariano Ciafardini,  
septiembre 2011